

# EL CATEDRÁTICO BURIDÁN

Carlos Manuel Sánchez

“El resto es silencio”. En esa agónica afirmación de Hamlet había situado el catedrático Carmona Buridán su máxima vital. Con ella había cerrado el último capítulo de su libro *‘Shakespeare, el farsante infame’*, inédito. La tesis de Carmona Buridán defendía que todas las obras del universal dramaturgo británico habían sido escritas en realidad por Christopher Marlowe. La idea no era nueva, pero él aseguraba haber encontrado paralelismos lingüísticos entre las obras de ambos que demostraban de manera categórica esa verdad. La muy pasada de moda chaqueta junto a su destartado coche daban cuenta de la dedicación de Buridán a la enseñanza. Sus clases de filología inglesa en la Complutense de Madrid habían sido celebradas junto con la mayoría de sus libros técnicos (*Evolución de la ortografía arcaica inglesa, Fundamentos para una traducción fiel de la lengua inglesa, Influencia latina en el inglés del Medioevo*). Los problemas empezaron con las traducciones, fundamentalmente, los sonetos de Shakespeare, que él firmó como los sonetos de Marlowe. Evidentemente, la editorial se negó a pagarle un euro si no podía enseñar en portada que la nueva traducción, avanzada incluso en la publicidad de esa discreta pero dignísima editorial, lo era de los poemas del inmortal autor de Stratford-Upon-Avon. La discusión en el despacho del editor Fernando Varela fue tan monumental como el original que saltaba sobre su mesa por los manotazos con los que el catedrático pretendía rubricar su exposición de motivos. Defendía que no sólo él sino otros autores habían descubierto la farsa: William G. Ziegler lo había expuesto meridianamente claro en su libro *It Was Marlowe* (“Fue Marlowe”), Calvin Hoffman había publicado, en 1955, *The Murder of the Man Who Was Shakespeare* (“El asesinato del hombre que fue Shakespeare”) y, sobre todo, argüía que existía una tesis doctoral aprobada *cum laude* en el prestigioso Christ Church College de la Universidad de Oxford leída por un sacerdote dominico que demostraba que Mr. William Shakespeare, había sido un humilde actor que no había escrito una sola línea en su vida. No por nada, señalaba con el índice al editor, no se conoce ningún manuscrito de Shakespeare. Los únicos dramas firmados por Shakespeare fueron, como en nuestros días, los documentos acreditativos de estar endeudado en hipotecas, además de algunos resúmenes de su testamento. Esto demuestra su historicidad, pero no autentifica sus supuestas obras, porque no lo pueden hacer, porque, elevó el tono de voz, no las escribió, nunca las escribió, y el hecho de usted esté al corriente de mi precariedad económica, no le concede ni un ápice de derecho a cambiar ni una sola coma del original ni del título que hasta hoy mismo estaba aprobado, ¿de acuerdo?

No. No hubo acuerdo, evidentemente. El editor le ofreció varias cantidades por la traducción de los sonetos pero a condición de retirar el nombre de Marlowe de la portada. ¿Quién coño es ese Marlowe? El catedrático Carmona Buridán no sólo despreció el cheque extendido a su nombre con una dignidad quijotesca, sino que se despidió vocalizando cada sílaba de su lema de honor: “el resto es silencio”.

A su mujer la firmeza de su marido le pareció, sin embargo, un mojón más de su encaminamiento hacia la pobreza final. Visión de asilo. Llevas defendiendo toda tu vida esa estúpida teoría que nadie aceptará ni aunque sea verdad. ¿Qué más da que fuera uno ni otro? Lo que importa es lo escrito, los textos con los que la humanidad ha podido reír y llorar a lo largo de los siglos; y sobre todo, lo que importa es salir de nuestras deudas. Debo indicarte señor profesor que hoy la comunidad de vecinos ha aprobado una derrama para arreglar el ascensor, derrama que produce una embolia financiera en nuestros ya queridos por inseparables números rojos. Tenías una oportunidad, lloraba, y otra vez tu maldita obsesión ¡nos condena!

Marlowe fue el auténtico dramaturgo, el más grande, y he decidido dedicar toda mi vida a demostrar que Shakespeare nunca escribió obra alguna. Jamás estuvo en la corte del rey de Dinamarca como para describirla tan bien. Nunca tuvo el farsante una cultura tal que pudiera describir minuciosamente detalles exactos reflejados en el Mercader de Venecia, que no es sino una obra complementaria de *El Judío de Malta* de Marlowe. Fue Marlowe quien fingió su propio asesinato en la casa de Elleanor Bull, en Deptford, para evitar ser ajusticiado por ateo y sodomita. Fue Marlowe, quien conocía tan bien como su amigo Shakespeare las artes del camerino, quien contrató, disfrazó y dirigió a un falso asesino que fue dejado en libertad a los veinte días tras el supuesto crimen y que recibió tierras de labranza por “el asunto Marlowe”. Fue Kit Marlowe quien huyó de Inglaterra y viajó por Europa y Egipto y quien enviaba sus obras a su amigo el actor, el amante. Fue en la tumba de Marlowe, las manos del catedrático abiertas de par en par, en donde se encontraron obras...¡de Shakespeare! ¡Nadie quiere saber la verdad porque la verdad duele! El resto es silencio.

De nada le valió la proclama. El rigor universitario se parecía mucho al *rigor mortis* cuentacorrientista. Esa también era una verdad que dolía a la mujer del profesor Buridán. Quizá por eso, porque el dolor de un ser querido entenece el corazón, es por lo que el Profesor Buridán no estranguló a su esposa cuando recibió la llamada telefónica de una señorita que decía ser productora del programa “Saber es Ganar” y que su solicitud de participación en el programa ha sido aceptada. Debe presentarse en los estudios Vivaldi el próximo día 24 a las 11,00 h. con tiempo suficiente para maquillarse.

¿Por qué no?, le espetó su mujer. ¿Por qué no sacar provecho de tus conocimientos? ¿No vende todo el mundo lo poco que sabe? ¿Es más un pobre periodista que cree que conoce algo del asesinato de JFK que tú, que te has pasado la vida investigando? ¿Qué

reputación dices que puedes poner en entredicho? ¿Te acuerdas que tu prestigio está contestado por todo el mundo académico? ¿Acaso no te encolerizaste con el artículo de Campazo en el cual te invitaba a abandonar el claustro por acientífico? ¿No sería lo mejor que ganaras dinero suficiente para editar tus propios libros en lugar de tener que mendigar a editores incultos y sólo interesados en los números? ¿No estarías en mejores condiciones para hacer ver al mundo la verdad por la que estás luchando? ¿Cómo iba a contar contigo al llamar para concursar si sé que hubiera recibido un no por respuesta? ¿No te das cuenta de que tú nunca te lo hubieras consentido? ¿Sabes que puedes ganar hasta un millón de euros? ¿Sabes que uno de los concursantes ha dejado su trabajo? ¿Sabes que el Gobierno ha impulsado este programa para contrarrestar la televisión basura?

Basta ya de preguntas. Es hora de respuestas. El día 24, a las 11,00 h. El resto es silencio.

Los estudios se le antojaron una irónica metáfora revertida de las aulas universitarias: en lugar de un grupo de estudiantes que intentaban aprehender el conocimiento de un profesor, en el plató se centraba la atención en un profesor que debía demostrar su saber ante una audiencia que se sentaba en un anfiteatro a la espera de un fallo. ¿Nervioso? Sepa usted caballero presentador que a quien tiene delante es a un catedrático con más de 20 años de enseñanza a sus espaldas. Es cuanta referencia personal estoy dispuesto a participar en esta retransmisión. El resto es silencio. El catedrático Buridán desde luego había elegido una de las áreas posibles del programa: la literatura medieval europea. Al cabo de seis meses, habían dejado de llegar a la producción del programa cartas de otros posibles candidatos a concursantes en esa materia. Más de diez millones de euros llevaba el catedrático Burilán conseguidos por la certeza y rapidez de sus respuestas. El público invitado cada semana guardaba una fila de seis horas para poder ser testigos de la sapiencia del profesor. El programa ganó en audiencia no tanto por la gracia de su formato cultural televisivo, de corte tradicional a doble o nada, como por el destello social que suponía la riqueza acumulada por una persona que jamás erraba una respuesta. El primer presentador del programa dimitió al admitir que se le habían acabado los recursos para dar siempre por acertadas todas las respuestas a todas las preguntas que le formulaba al ya archipopular catedrático Buridán. Al segundo presentador le instruyeron para evitar cualquier gesto de afecto hacia el concursante. No, ni siquiera sonrisas.

Lo ves, no ha sido tan espantoso, le acariciaba su mujer, la gente te saluda por la calle y te observa admirada. Estás haciendo por la cultura española más que si fueras ministro de Educación. Y a mi se me importa una higa el señor ministro. Lo que importa es cumplirse en la obra, es que la verdad salga a la luz. Confío en que dentro de otros dos meses habré alcanzado la cifra suficiente para poder hacer una edición completa de las obras de Marlowe, colocar al mayor dramaturgo de todos los tiempos en el lugar de su merecimiento, los ojos muy abiertos, allí donde el infame aún usurpa una gloria robada. ¡Muera el tirano Shakespeare! ¡Viva Marlowe!. No te excites, que

sabes que te no viene nada bien para tu hipertensión. ¿Y por qué sólo dos meses? Podríamos llegar a pagar toda la hipoteca si continuas , digamos otros dos meses más... Olvídalo, mujer, ganaremos sólo lo necesario.

El interés del programa , que se había ido deslizando no ya por emular al sabio sino por verle fallar en alguna respuesta, fue perdiendo gancho en la audiencia a la misma velocidad que los productores del programa dinero. Las reuniones en el consejo de redacción no es que fueran tensas, es que resultaban patéticas: no se había encontrado pregunta literaria sin respuesta Buridán y definitivamente la publicidad empezaba a no poder financiar el montante económico que cada semana se levantaba para sus arcas el soberbio profesor.

En sus ansias por encontrar la pregunta irresoluble, el productor despidió a su equipo de guionistas y se dirigió a profesores de la facultad de Filología: si hubiera alguien capaz de saber más de literatura que el invicto catedrático tendría que ser allí. Y allí fue donde encontró al viejo enemigo de Buridán, el catedrático Campazo, especialista en el lenguaje del Ciclo Artúrico de la Facultad, polemista de Buridán, tanto en asuntos de Shakespeare como de asiento catedrático.

Al profesor Campazo, la situación no le resultaba nada difícil. Cuando el productor le expuso su desazón, le garantizó solución a su problema si, digamos yo percibo una cuarta parte de lo ganado hasta ahora por ese profesor que tanto quebradero de cabeza le está dando. Por supuesto. Ni lo dude. Pero quiero garantías. No vale otro truquito de catedrático.

Quedaron formalizadas las garantías y la fórmula de la pregunta. Sería a doble o nada. El programa no podía perder audiencia y debía para ello conseguir notoriedad. Se promocionó el último programa. A sus más de 10 millones de euros, el Catedrático le podía sacar el doble...o nada. A su favor estaba su conocimiento literario. A su favor, acabar cuanto antes su presencia en televisión. Mejor hoy que mañana demostrar al mundo su tesis.

El catedrático Buridán accedió a una única pregunta, una sola pregunta millonaria, una exclusiva pregunta dramática. El realizador eligió de entre todas las tomas que le ofrecían las cámaras en el estudio la de un primer plano del presentador. El silencio en el plató era absoluto. Más de 26 millones españoles estaban pendientes de esa pregunta mágica que podría hacer cumplir el sueño de riqueza o caer para siempre en la pobreza a Burilan. Sonaron unos timbales. La pregunta que había preparado el profesor Campaza era sencilla, simple, incluso. La más fácil de responder:

-Señor Buridán, ¿quién es el autor de la famosa frase que aparece en el Hamlet, el Príncipe de Dinamarca, “Ser o no ser”. ¡Tiempo!

Buridán entreabrió la boca. La respuesta estaba clara, tan clara que era imposible. Si decía Marlowe sabía que la darían por respuesta errónea. Si contestaba Shakespeare, no sólo se traicionaría a sí mismo, sino que no podría jamás emplear el dinero ganado para demostrar una tesis contraria a la que había defendido ante millones de telespectadores. La audiencia en el plató miraba expectante el rostro pálido del catedrático Buridán. Todos los presentes y los que seguían el concurso por televisión conocían la respuesta. Hasta los niños gritaban a las pantallas “¡Shakespeare!” ¡“Shakespeare!” “¡Pero bueno, pero qué le pasa?” Bien le llegaba hasta su cabeza el nombre del infame. Pero no. No. No. ¿No? ¿Shakespeare? ¡No! ¿Marlowe? Pero entonces...La alternancia de los nombres se sucedía dramáticamente ¿Marlowe? ¿Shakespeare? ¿Shakespeare? ¿Marlowe? ¿Dignidad? ¿Dinero? ¿Shakespeare? ¿Marlowe? ¿Shakespeare? ¿Marlowe? ¿Cuenta saneada? ¿Justicia literaria? ¿Marlowe? ¿Shakespeare? ¿Lealtad? ¿Oportunidad? ¿Querer? ¿Poder? ¿Ser o no ser? ¿No ser o ser?

“¡Tiempo! ¡Tiempo!” Un exultante presentador celebró el final del minuto asignado para responder a la pregunta como quien vence un combate por K.O. televisivo a un púgil al que todas las apuestas daban por ganador. Brazos en alto, saltos de alegría en la sala de control, ojos de lobo en el productor, sonrisa de jaque en Campazo.

Los asistentes del programa hubieron de retirar al catedrático Buridán, absolutamente desorientado. El resto es silencio.